

SOBRE LAS POTENCIALIDADES DE UN PROCESO PSICOANALÍTICO A TRAVÉS DE LA PANTALLA

*ABOUT THE POTENTIALITIES OF
A PSYCHOANALYTICAL PROCESS
THROUGH THE SCREEN*

*SOBRE AS POTENCIALIDADES DE UM PROCESSO
PSICANALÍTICO ATRAVÉS DA TELA*

Dahiana Erlich

Asociación Uruguaya de Psicoterapia Psicoanalítica

Montevideo, Uruguay

Correo electrónico: dahianaerlich@gmail.com

ORCID: 0000-0001-9025-0801

Recibido: 14/12/2021

Aceptado: 30/12/2021

Para citar este artículo / To reference this article / Para citar este artigo

ERLICH, D. (2021). Sobre las potencialidades de un proceso psicoanalítico a través de la pantalla. *Equinoccio. Revista de psicoterapia psicoanalítica*, 3(1). DOI: doi.org/10.53693/ERPPA/e3.1.1. Creative Commons Reconocimiento 4.0 Internacional (CC BY 4.0)

Resumen

El presente trabajo profundiza acerca de las potencialidades de una psicoterapia psicoanalítica en línea. Plantea cuestionamientos y reflexiones integrando bibliografía sobre la temática y se complementa con consideraciones personales.

Palabras clave: encuadre psicoanalítico, técnica psicoanalítica, internet, comunicación.

Abstract

This work pretends to deepen the potentialities of psychoanalytical psychotherapy by digital means. It raises questions and thoughts based on specialized bibliography and personal considerations.

Keywords: psychoanalytic setting, psychoanalytic technique, internet, communication.

Resumo

Este trabalho busca aprofundar nas potencialidades de uma psicoterapia psicanalítica online. Levanta questionamentos e reflexões incluindo bibliografia sobre o tema e é complementado com considerações pessoais.

Palavras-chave: enquadramento psicanalítico, técnica psicanalítica, internet, comunicação.

INTRODUCCIÓN

Nos encontramos en la era de la tecnología. La virtualidad hoy no solo acompaña la cotidianidad, sino que la modifica. A lo largo de la historia y del desarrollo del psicoanálisis sabemos de experiencias que por necesidad se lanzaron a modificar el encuadre tradicional y a trabajar en contextos de no presencialidad, en general, motivadas por situaciones externas que impedían la posibilidad de un encuentro en consultorio. Estas variaciones tan distantes al encuadre original psicoanalítico han sido controvertidas en el mundo institucional académico.

Sin embargo, la coyuntura actual atravesada por una pandemia nos ha forzado a trabajar en estas condiciones, teniendo que adaptarnos mientras nos preguntamos y pensamos sobre esta nueva forma de poner en práctica el psicoanálisis. Nos hemos visto en la necesidad de aliarnos a estas posibilidades para sostener nuestro trabajo.

Debemos tener en cuenta cuáles son los atravesamientos sociohistóricos que dan lugar al mundo en el que vivimos y cómo estos impactan en la construcción de subjetividad y en la realidad cotidiana. Más allá de las teorías que puedan existir ligadas a estas transformaciones y sus efectos, lo que me interesa es poder pensar en cómo desentrañar la clínica hoy frente a estos cambios, cómo se ve determinado nuestro trabajo cuando las modalidades de comunicación son expansivas. ¿Existen nuevas posibilidades de encuentro analítico gracias a estos desarrollos? ¿Existen modos de comunicación «mejores», más completos o adecuados? ¿Cómo lo evaluamos? Por lo pronto, considero que podemos empezar preguntándonos qué es lo prioritario en un proceso de

psicoterapia psicoanalítica. ¿El hecho de que haya necesidad y demanda es razón suficiente para habilitar un espacio psicoanalítico a distancia?

Aspiro, por tanto, a desarrollar algunas ideas, intentar acercarme a respuestas tomando bibliografía que profundiza sobre la temática.

ENCUADRE PSICOANALÍTICO ¿A DISTANCIA?

Para abordar el tema elegido es fundamental acercarnos al concepto de encuadre en el psicoanálisis, entendido como aquellas pautas, normas y acuerdos que promueven y favorecen el despliegue de la transferencia y la contratransferencia, la interpretación y el surgimiento de la asociación libre, posibilitando el desarrollo de un encuentro analítico.

Citando a Saúl Paciuk (2002):

Se puede decir que se llama *encuadre* (en sentido restringido) a una regulación de varios aspectos de los modos de participación y relacionamiento de analista y paciente en el trabajo de la sesión psicoanalítica, expresada en un conjunto de normas establecidas y explicitadas por el analista y *acordadas* con el paciente, [...] que son estables y que son tenidas por legítimas por la generalidad de los analistas. La explicitación de las normas del encuadre crea un espacio y un tiempo (un *lugar*) de comunicación (asociaciones, interpretaciones) y de elaboración (procesamiento de lo comunicado) y de relacionamiento entre los actores del trabajo del psicoanálisis. (p. 42)

El concepto de encuadre ha ido desarrollándose y por tanto construyéndose a la par de la práctica clínica. Las variaciones en este sentido han ido acompañando la necesidad y el análisis constante con el

objetivo de hacer a la técnica lo más competente posible siempre desde la ética.

De esta forma se ha trabajado con diván, enfrentados, con distintas propuestas en cuanto a la frecuencia, la forma de pautar las ausencias, la incorporación de comunicación telefónica o vía mensaje, entre otras. El psicoanálisis se sostiene gracias a que nos preguntamos de manera continua si estamos trabajando de forma adecuada para con ese paciente o si podemos hacer algo diferente para favorecer el análisis en quien consulta.

José Bleger (1967/2002) señala que:

El encuadre forma parte del esquema corporal del paciente; es el esquema corporal en la parte en que el mismo todavía no se ha estructurado y discriminado. Esto quiere decir que es algo diferente al esquema corporal propiamente dicho: es la indiferenciación cuerpo espacio y cuerpo ambiente. (p. 110)

Pienso en cómo este planteo se complejiza a la hora de hablar de instancias virtuales. ¿Se llama encuadre psicoanalítico cuando nos vemos a través de cámara? ¿Quién y qué lo determina? Sabemos que el cuerpo es el elemento que drásticamente se ve modificado: ¿cuál sería el esquema corporal que incorpora el paciente en relación con su lugar de análisis trabajando a través de una pantalla? ¿Cómo se puede incorporar el cuerpo a las sesiones? Más aún cuando las circunstancias hacen que el espacio desde donde se tiene la sesión muchas veces es móvil: a veces en un dormitorio, otras desde el auto, otras en un café y así posibilidades innumerables.

Más adelante el mismo autor indica que la ruptura que haga el psicoanalista de ese encuadre es lo que alterará la posibilidad de que se constituya un tratamiento en profundidad, «la dependencia y la

organización psíquica más primitiva del paciente solo pueden ser analizadas dentro del encuadre del analista, que no debe ser ni ambiguo, ni cambiante, ni alterado» (Bleger, 1967/2002, p. 111).

Pensándolo desde este marco teórico, ¿cuántos escenarios podemos/debemos habilitar para que suceda el encuentro analítico? ¿Cuál sería el límite en estas variaciones que se presentan? Podemos decir que hoy se ha flexibilizado este espacio y en un contexto de elasticidad el análisis es lo que se está hipotecando, el lugar del encuadre es lo que se pone en jaque. Por supuesto que cada situación nos brinda mucho material para pensar y trabajar junto al paciente: ¿qué lugar (físico y simbólico) se busca para sí mismo? ¿Estará evadiendo el encuentro analítico? ¿Qué le sucede con los límites? ¿Qué espacio se permite tener? Me pregunto si estas variaciones de lugar, al habilitarse, favorecen las resistencias en el análisis.

Volviendo a Bleger (1967/2002):

El encuadre es lo más presente, al igual que los padres para el niño. Sin ellos no hay desarrollo del Yo, pero su mantenimiento más allá de lo necesario, o la falta de modificación de la relación (con el encuadre o con los padres), puede significar un factor negativo, de paralización del desarrollo. (p. 110)

Las consideraciones en cuanto a estos nuevos elementos con los que estamos trabajando son fundamentales, nos obligan a poner atención. Se agrega en nosotros un esfuerzo mental que es significativo y aumenta la carga respecto a pensar nuestra tarea. Entiendo que es parte del cansancio del que habla Mariano Horenstein (2020), quien plantea que al no poder acceder a todas las dimensiones que están presentes en un análisis en donde se comparte el espacio físico, nos vemos exigidos de mayor atención.

Me interesa comentar el caso de un paciente de mediana edad, con una realidad laboral exigente en donde tenía demandas de horario muy variables. Esto generaba mucha dificultad a la hora de organizar sus horarios y encontrar su tiempo para el análisis. En este contexto el paciente empieza a intentar tener las sesiones por videollamada desde el auto, mientras maneja. Es evidente la situación de riesgo que se presentaba y por tanto se indica la imposibilidad de trabajar en estas condiciones. En este sentido, lo que el paciente pudo generar fue tener las sesiones desde su auto, pero estacionado. Naturalmente hemos trabajado sobre la dificultad para encontrar un espacio propio, adecuado y óptimo.

Este ejemplo me parece oportuno a la hora de pensar en las dificultades que se presentan cuando el espacio físico no está dado como habitualmente lo conocemos, es decir, cuando no existe un consultorio que acoja y reciba la demanda y que asegure la intimidad y la privacidad evitando interferencias. Aquí es el paciente quien debe instalarse en el lugar de consultante, pero además debe generarse por iniciativa propia un espacio físico adecuado para sí mismo. Creo que es un elemento no menor, ya que exige al paciente mayor esfuerzo para construir su propio lugar analítico.

Horenstein (2020) habla del tiempo de elaboración que acontece cuando uno se dirige o se va del consultorio, como un elemento que desaparece en el encuentro virtual. El autor afirma que si la sesión se da entre la vorágine cotidiana y sin pausas hay algo que se pierde.

Su consideración es muy interesante, ya que visibiliza otro elemento más de este nuevo escenario que nos habla de las dificultades en el mundo de hoy para poder tener pausas y espacios que estén por fuera de la turbulencia cotidiana.

Retomando el caso clínico ya mencionado, agrego algunas consideraciones más. Es un paciente con quien se hacía inviable la posibilidad de encuentros presenciales. En el transcurso de las sesiones empecé a

notar cierta fragilidad, una situación familiar extremadamente compleja, un vínculo de pareja con mucha agresividad, serios problemas de consumo, una realidad que refleja la gravedad del caso. En este contexto no solo se presentan desafíos como sucedería en cualquier situación similar, sino que además se suma la necesidad de buscar red, otros soportes y apoyos para el trabajo con este paciente. Empiezo a sentir que trabajar a través de la pantalla me es insuficiente, percibo en mí la necesidad de poder trabajar desde un lugar en el que pueda brindar otro tipo de sostén y esto me es inviable. Es así que comenzamos un proceso de derivación hacia otras redes de apoyo y a la búsqueda de una atención presencial en la ciudad donde se encuentra.

Este tipo de situaciones reflejan las dificultades nuevas que se presentan en estos contextos contemporáneos. Cuando comencé a trabajar en esta modalidad siempre sostuve que el formato no es aplicable a todo tipo de persona y que, por tanto, debemos estar atentos a las dificultades que se puedan desplegar y saber qué caminos tomar.

Ricardo Carlino (2010) sugiere que la observación se debe agudizar, estando atentos al motivo de consulta, diagnóstico situacional y psicopatológico del consultante para luego considerar las indicaciones y contraindicaciones de una psicoterapia con estas características. Los recursos verbales y materiales de quien consulta son puntos importantes para evaluar, teniendo en cuenta que para poder establecer un compromiso analítico la persona tiene que poder hacerse cargo de ese rol y de sí mismo. Esto es importante porque en un dispositivo de este tipo la persona tendrá que ser responsable de parte del encuadre (tener todos los medios para poder establecer una comunicación adecuada). Además de esto, su capacidad de autocontención es importante para aquellas situaciones que sean críticas o angustiantes. Hay pacientes muy regresivos o limitados en sus recursos simbólicos que difícilmente puedan sostener una psicoterapia en estas condiciones.

«El rigor se transmuta en ética. Los encuadres desencuadrados del análisis-tipo no son encuadres aberrantes, sino que instalan —incipientemente— nuevos tipos de interacción analítica» (Alizade, 2002, p. 15). La autora nos recuerda que el rigor debe ser eje fundamental de nuestro trabajo, haciendo hincapié en la continua consideración en relación con las prácticas analíticas de hoy, evaluando siempre la pertinencia de cada decisión a tomar sabiendo que no todos los pacientes se benefician del clásico modelo de análisis. En este sentido, es primordial la responsabilidad del terapeuta como guía y sostén de ese encuentro. Cada situación analítica exige pensamiento y estudio, la incorporación de la videollamada no es algo que podamos dejarlo al azar, a lo espontáneo. Nos vemos en la obligación de preguntarnos.

Madeleine y Willy Baranger (1961-1962) plantean lo siguiente: «Toda modificación del campo espacial vivenciado es naturalmente significativa de una modificación global de la relación analítica» (p. 5).

El impacto de no tener espacio físico en común insiste a la hora de preguntarnos por el análisis a distancia. Podemos decir que sí hay algo común que sucede en ese intercambio, algo que se crea entre pantallas, pero cada uno se encuentra en espacios disímiles, con climas diferentes, otra luz, distintos sonidos ambientales, etcétera. ¿Cómo incorporar esta diferencia a la consulta?

Jean Luc Donnet (1999) señala que el encuadre favorece la regresión y la encuadra justamente porque los estímulos exteriores disminuyen y la situación genera un contexto que favorece la ensoñación.

Las posibilidades virtuales plantean, al menos *a priori*, un entorno alejado al que plantea el autor. Se presentan en forma simultánea diferentes situaciones en las que suceden vicisitudes que no vemos en un análisis tradicional presencial: en algunos casos los pacientes están tomando mate, comiendo, pueden aparecer otros personajes en escena como mascotas o incluso miembros de la familia, presencia de paisajes,

la sesión puede suceder en el auto, en un baño, caminando: el mundo cotidiano invade la terapia. Es información nueva que debemos incorporar al trabajo de análisis.

Otro elemento que considero que no debe dejarse de lado es que estamos frente a un nuevo escenario en donde gran parte de las personas transcurren horas del día sentados frente a una pantalla; este planteo lo he escuchado como queja tanto de pacientes como de otras personas por fuera del mundo psi. Frente a esta realidad se plantea cierta necesidad de que el cuerpo entre en movimiento. Me pregunto sobre la demanda de algunos pacientes de tener la sesión caminando como un pedido también de atender a ese cuerpo que «no tiene lugar» en la videollamada (no se ve).

Del mismo modo, en los últimos meses nos hemos encontrado expuestos al exceso de pantallas, situación que también ha generado agotamiento en gran parte de la población. El psicoanálisis que nace con Freud y se desarrolla en los siguientes años parte de una realidad muy distinta a la que hoy se nos presenta. En este sentido es importante preguntarnos por las demandas y necesidades actuales y analizar las particularidades en cada caso.

Ya he mencionado algunas cuestiones en los párrafos anteriores vinculadas al cuerpo como uno de los elementos que se distorsiona en el trabajo a distancia. Nos vemos obligados a preguntarnos cómo lo incorporamos.

Carlino (2008) es uno de los autores que ha desarrollado en profundidad el análisis a distancia. En cuanto al cuerpo, este señala que la presencia se consolida de otra forma: persona a persona. El hecho de coordinar un día, una hora y un medio de comunicación enmarcados en un contrato analítico da un soporte significativo y real al diálogo analítico. Que no se vea el cuerpo no implica que no haya cuerpo, ya que siempre de alguna forma está incluido. Debemos, sí, acercarnos lo más que se

pueda a estas manifestaciones, como son la voz, los elementos sonoros, estornudar, masticar, beber, los silencios. El autor agrega que teniendo en cuenta estas características es importante solicitar al paciente que nos transmita sus percepciones acerca de su propio cuerpo (lágrimas, sueño, dolores, inquietud, entre otros). Por supuesto que podrá comunicar aquellas sensaciones que pueda hacer consciente, lo vinculado al inconsciente reprimido no podrá transmitirlo y posiblemente no lo veamos; esto es un límite respecto a la terapia presencial.

El cuerpo y el resto de las dimensiones que podemos pensar en un encuentro a distancia hacen también al despliegue transferencial. Es imprescindible pensar estos elementos claves que forman parte de cualquier análisis.

Horenstein (2020) señala que, efectivamente, una conversación puede darse en profundidad y sostenerse a distancia, pero se pregunta por sentimientos como el odio o el amor: ¿qué pasa con el amor transferencial? El autor sugiere que se parece, pero no es igual al encarnado, lo que vemos en la pantalla es reducido. Hace la distinción sobre todo de aquello que podemos percibir estando físicamente en presencia: vestimenta, movimientos, tono de voz, llantos o sonrisas, espasmos, elementos que tienen que ver con la palabra y con nuestro material de trabajo. Yo me pregunto: ¿cómo podemos hacer para que esto no quede por fuera? ¿O será cuestión de asumir esas limitaciones y empezar a mirar aquello que es novedoso, distinto y hacerle lugar en nuestra teoría? Citando nuevamente al autor: «Quizás no se trate tanto de lamentarse por el ritual perdido, sino de empeñarnos en inventar uno nuevo» (p. 31).

Cecilia Teodora Rodríguez Plasencia (2015), al contrario, señala que la transferencia podrá desplegarse porque lo virtual también está cargado de proyecciones y fantasmas y, además, se juegan varias cuestiones, como la frustración por la imposibilidad del encuentro presencial. La autora enuncia que, siendo posibles los encuentros duraderos de amor

a través del ciberespacio, ¿por qué el amor transferencial no tendría lugar? Sabiendo que la intimidad depende más de cuestiones como la palabra, los gestos, la cercanía emocional que de la cercanía física.

Considero que deberíamos avanzar un poco en la pregunta; es real que se pueden sostener vínculos duraderos de amor a distancia, pero ¿nos interesa que el psicoanálisis se preste a esta realidad teniendo la posibilidad de sostener lo presencial?

¿Cómo pensar el apego que se puede generar por medio de un encuentro a través de la pantalla? Desde mi experiencia no puedo aún dilucidar o afirmar con seguridad si lo que determina el apego en un vínculo terapéutico necesariamente tenga que ver con el trabajo en consultorio total o parcial. Considero que, posiblemente, el hecho de que un vínculo se construya desde cero a través de una pantalla pueda hacer más lento y dificultoso la construcción y el sostén de ese vínculo.

Desde mi percepción, el compromiso inicial con el espacio generado a distancia es menor. Si bien siento que las potencialidades del vínculo son casi ilimitadas, también intuyo que el medio se presta para generar relaciones más frágiles, precarias. Carlos Pachuk (2016) habla de *transferencia líquida* para referirse a que hay menor adherencia que en un proceso presencial. Recuerdo un paciente que optó por interrumpir el breve proceso que llevábamos sin mayor explicación, primero dejó de asistir a las sesiones y luego de unas semanas, sin aviso, escribió un mail informando simplemente que no podría continuar. Creo que en un proceso de terapia presencial puede perfectamente darse una situación similar, sin embargo, siento que el compromiso de tener que asistir, trasladarse y estar frente a frente genera otro tipo de responsabilidad en el paciente (y también otro tipo de esfuerzo).

No debemos obviar que este despliegue transferencial tendrá otras características si, por ejemplo, es un proceso intercalado entre encuentros presenciales y a distancia, o si es la continuación de un proceso

que fue presencial. Tampoco es lo mismo si el paciente se acerca a esta modalidad porque no tiene opción de una psicoterapia presencial, o si tiene que ver con algo más resistencial, por ejemplo. Otra diferencia es cómo el paciente llega a consultar: si es por derivación o por contactarse a través de redes sociales. Cada escenario debe abordarse y ser pensado de forma particular y determinará también las potencialidades transferenciales.

Si el paciente consulta desde otro país muchas veces tiene que ver con la necesidad de tener un espacio con alguien que comparta los mismos códigos culturales y lengua de origen (con todo lo que esto simboliza).

Podemos pensar que buscar un terapeuta a distancia puede tener que ver con la necesidad de poner distancia, sacar el cuerpo. En definitiva, estar, poner el cuerpo es compenetrarse y comprometerse con uno y con otro. Eligiendo una modalidad a distancia también es más fácil disociar, no integrar todos los aspectos de uno y del otro. Por tanto, esto es una cuestión importante para considerar y trabajar transferencialmente. Debemos pensar al paciente en su totalidad: si sus conductas son más evitativas en general, cómo son el resto de sus vínculos, si hay otras situaciones en donde evite lo corporal, si hay intentos de controlar los espacios, entre otras.

Los cambios de horario, las ausencias, la forma en que se concreta el encuentro también tienen sus características peculiares. Hace poco tiempo una paciente con la que estábamos empezando a encontrarnos virtualmente hacía un par de meses no se presentó a consulta y a las horas me envió un mensaje de texto preguntándome qué había pasado, que se quedó esperando mi llamada, que pensó que algo me había sucedido; esto teniendo en cuenta que siempre nos manejábamos de la misma forma al igual que con otros pacientes: era ella quien iniciaba la llamada. Este ejemplo en una situación presencial es impensable,

porque el paciente viene y toca timbre, no importa si estoy en el baño o con otro paciente. En el trabajo a distancia los pacientes son quienes llaman, pero se presentan nuevos elementos para ser pensados. A veces el paciente escribe antes de llamar: «Hola. ¿Estás?» Me interrogo y abro pregunta: ¿será que el analizante vive una sensación de menor disponibilidad por parte del analista y por eso necesita preguntar?

Los silencios también tienen su peculiaridad. En los casos de una videoconferencia, sabemos que a veces se dan interrupciones debido a problemas de conexión. Esto hace que, obviamente, se dificulte el desarrollo normal de un intercambio analítico. Los silencios intencionales tal vez por estas dificultades se hacen más difíciles de sostener en forma prolongada. Quizás por la ausencia del cuerpo frente a frente surge la necesidad de poder contener desde otro lugar (interviniendo); parecería que el hecho de estar aguardando frente a la pantalla no fuera suficiente. En este sentido, Carlino (2010) comenta que para el paciente el silencio también puede presentar una dificultad porque puede ser mal entendido como interrupción técnica, distracción del analista o pérdida de tiempo. El autor señala que en el trabajo en conjunto se va comprendiendo que el silencio forma parte de esta conversación reflexiva y es algo a trabajar por la dupla analítica.

Considero que estos cortes generan malestar porque con ellos se materializa la dificultad de no estar presentes en el mismo espacio físico, la imposibilidad del encuentro se manifiesta y a nivel concreto se hace difícil sostener la sesión, aunque haya intención mutua, bella ironía. Me imagino que podría pensarse como estar trabajando en el consultorio con el ruido de una obra al lado que impida el despliegue natural de la sesión. Los cortes en la conexión en general no son permanentes, pero tienen algo de una interrupción constante que incomoda y entorpece. En lo personal lo vivo con mucha molestia y frustración, se encuentran alternativas siempre, pero a costa de movimientos que muestran que,

efectivamente, no estamos cara a cara y que si estos aparatitos tecnológicos fallan, no podremos continuar la sesión. El límite se impone.

REFLEXIONES ¿FINALES?

... lo que hoy es excepcional se convertirá en regla.

Mariano Horenstein (2020, p. 31)

La psicoterapia a distancia implica a nivel teórico y práctico un gran desafío y un salto revolucionario. En este sentido, la cuestión de la psicoterapia a través de internet nos expone a una serie de cuestionamientos, enfrentamientos, resistencias y miedos que son dignos de pensar, como terapeutas y como institución.

La pandemia nos obligó a incorporar esta forma de encuentro porque no hubo alternativa; sin embargo, se instaló esta nueva modalidad de trabajo para muchos, ya que, atravesada la tormenta y teniendo posibilidades de retomar el trabajo presencial, se comenzó a optar por el trabajo a distancia. Nos encontramos, por tanto, en la necesidad de preguntarnos mientras incorporamos esta forma de trabajo.

Me genera cierta curiosidad pensar cómo en el mundo institucional psicoanalítico la posibilidad de trabajar a distancia hace pocos años se veía como algo inaceptable, insostenible y rápidamente, frente a la necesidad, la situación se transformó habilitando y aceptándolo. ¿Cómo puede ser que desde una postura tan contundente se haya generado un movimiento tan acelerado? ¿Qué pasó con toda la teorización que fundamentaba que era inviable sostener encuentros analíticos a distancia? ¿Ya no importan esos elementos? ¿O no son tan relevantes?

A mi entender, esta situación deja en evidencia cómo a veces lo institucional académico no da lugar a lo diferente, a nuevas posibilidades

privándonos de crecer teóricamente adecuándonos también a las demandas socioculturales actuales.

Reconocer que están habiendo cambios a nivel social nos exige que al menos nos cuestionemos y replanteemos en profundidad nuestra forma de trabajo. Avanzar en este sentido tiene que ver también con poder asumir algunas carencias y pensarlas de modo tal que podamos construir nuevos aportes que sean más inclusivos. Silvia Bleichmar (Aslan et al., 2016) hace años advertía que debemos posicionarnos, elegir cómo entramos al siglo XXI con dignidad: si nos desentendemos de sus consecuencias a nivel simbólico o si colaboramos a disminuir sus demoledores efectos en la subjetividad desde donde nos compete.

En mi experiencia personal trabajando desde la virtualidad, mis propias resistencias han protagonizado un poder mucho mayor que las resistencias de mis pacientes, he tenido mucha más dificultad que ellos para asumir esta nueva forma; en este sentido, la naturalidad con la que ellos han asumido su rol y el encuadre me ha permitido generar de manera progresiva más calma y confianza. ¿Cómo podemos ubicarnos frente a las nuevas demandas y posibilidades, frente a las nuevas formas de ser y estar en el mundo que se despliegan junto a nosotros? La responsabilidad y el compromiso con nuestra tarea y rol implica también poder acompasar nuestro trabajo a los cambios que se producen socioculturalmente.

La realidad del trabajo virtual nos invita a reconsiderar cómo entendemos la vida y los intercambios en el ciberespacio. Preguntarnos si nos resulta adecuado o no brindar servicios de psicoterapia psicoanalítica a distancia no pasa solo por una cuestión de teoría y forma. Es muy fácil vernos tentados a negar esta posibilidad siendo un cambio tan drástico. El asunto tiene su complejidad, pero hay una realidad que se impone frente a nosotros: los vínculos se transforman, la vivencia de la presencia ha incorporado matices y la movilidad territorial es una

realidad absoluta en el mundo de hoy. En este contexto, ¿una psicoterapia presencial es una opción viable para todo el mundo? La respuesta es no y esto ya genera un corte que indica la necesidad de movimiento y adaptación.

Ana María Rumi Soiza (2005) afirma que si aspiramos a continuar trabajando con el encuadre clásico podemos encontrarnos con la dificultad de no establecer nuevos procesos analíticos, ya que son cada vez más las condiciones externas que lo dificultan. Insiste en que nuestra labor es ir construyendo encuadres posibles para poder instalar la situación analizante, «para que el espacio virtual y sin fronteras pueda transformarse en un lugar de existencia real» (p. 58).

Creo conjuntamente que la incertidumbre de lo novedoso es lo que genera movimiento y nos obliga a crecer. Es un desafío inmenso preocuparnos por mantener la teoría viva a partir de nuevas formas de implementación.

En relación con los cuestionamientos planteados en la introducción, ¿qué hace que una experiencia sea digna de llamarse psicoanalítica y qué no? Hoy en día se incorporan muchas herramientas en las consultas (como el uso de fotografías, la recomendación de libros, películas, intercambio a través del celular, mails, entre otras) con el propósito de ir desarrollando el análisis como el terapeuta sienta más adecuado y pertinente. ¿Hasta dónde se está pendiente de cada iniciativa que toma el terapeuta en donde podríamos pensar que se «sale» del encuadre? Sin embargo, hay un contexto de confianza porque estamos insertos en un trabajo que implica teoría, análisis y supervisión. Hay un encuadre interno que sostiene también aquellas variables que se suceden en el encuadre externo. El hecho de que un analista simplemente acate la técnica al pie de la letra con rigidez no nos asegura que lo que haga sea un psicoanálisis.

Por tanto, instancias de encuentro psicoanalítico a distancia ya están sucediendo. El punto en cuestión tiene que ver con las variables que se presentan y cómo se sortean esas novedades en dicho encuadre mediado por una herramienta tecnológica que posibilita el despliegue de ciertos acontecimientos y limita las posibilidades de otros. Este encuentro será único y singular y dependerá de las posibilidades de ambos participantes para que trascienda a niveles psicoterapéuticos. Opino que será un encuentro que se verá limitado por muchos elementos que podrán propiciar con facilidad el abandono, especialmente por lo lábil del vínculo generado a través de una pantalla. Aun así, este acercamiento se verá motivado por el deseo de ambos participantes que posibilitará la construcción de un proceso en circunstancias como estas. No se tratará solo de necesidad, sino de confiar en las posibilidades que emergen del encuentro y que se sostienen gracias a la teoría del trabajo analítico.

Hay una realidad que se construye a partir de ese encuentro a distancia, y esta produce efectos en los integrantes de la dupla, genera intimidad. Desde ahí es donde debemos trabajar, desde la potencialidad. Muchos de los obstáculos que surjan podrán ser analizados, serán material de consulta y darán lugar a la expresión del inconsciente para construir un sentido.

Me interesa finalizar este trabajo compartiendo las reflexiones de Bleichmar (Aslan et al., 2016), quien manifiesta la importancia de una buena teoría como base fundamental que le permite al terapeuta poder manejarse en cualquier situación. Teoría no asociada a un aprendizaje específico, sino como elemento ya de la personalidad, intrínseca al analista. La autora afirma que teniendo esta formación podremos confrontarnos a las particularidades que sean: desde crear el consultorio en coches (como ya se ha hecho), caminando por las calles, en el hospital, o donde tengamos la necesidad.

La terapia a distancia no es para todo el mundo, no tiene por qué serlo, sí debemos y tenemos la obligación de preguntarnos y continuar reflexionando acerca de estas nuevas variantes que se presentan en la sociedad actual, para poder permanecer lo más fiel posible a nuestro propósito como analistas.

§

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ALIZADE, A. M. (2002). El rigor y el encuadre interno. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 96, 13-16. http://www.apuruguay.org/revista_pdf/rup96/rup96-alizade.pdf
- ASLAN, C. M., BLEICHMAR, S. Y HORENSTEIN, L. (2016). Freud y/o la práctica actual. <https://pavlov.psyciencia.com/2016/08/Freud-y-la-practica-actual.pdf>
- BARANGER, M. Y BARANGER, W. (1961-1962). La situación analítica como campo dinámico. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 4(1), 1-32. <https://www.apuruguay.org/apurevista/1960/1688724719611962040101.pdf>
- BLEGER, J. (2002). Psicoanálisis del encuadre psicoanalítico. *Revista FEPAL*, 103-113. (Trabajo original publicado en 1967.) <http://www.fepal.org/images/2002REVISTA/espanol/bleger.pdf>
- CARLINO, R. (setiembre, 2008). Radiografía del psicoanálisis por teléfono. [Presentación de ponencia]. *Revista FEPAL. XXVII Congreso Latinoamericano de Psicoanálisis*, Santiago de Chile, Chile. <http://fepal.org/images/congreso-chile2008/preprogramados/carlino2008.pdf>
- CARLINO, R. (2010). *Psicoanálisis a distancia*. Lumen.

- DONNET, J. L. (1999). El diván bien atemperado. *Revista de Psicoanálisis* 31, 39-68.
- HORENSTEIN, M. (2020). Analizar como un avatar. *Calibán. Revista Latinoamericana de Psicoanálisis*, 18(2), 17-33. https://calibanrlp.com/wp-content/uploads/2021/04/caliban_C18_esp-2.pdf
- PACHUK, C. (29 de agosto de 2016). *Las terapias virtuales: psicoanálisis y tecnología* [conferencia]. Asociación Argentina de Psicología y Psicoterapia de Grupo, Buenos Aires, Argentina.
- PACIUK, S. (2002). El elogio del encuadre. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 96, 37-56. http://www.apuruguay.org/revista_pdf/rup96/rup96-paciuk.pdf
- RODRÍGUEZ PLASENCIA, C. T. (2015). Herramientas contemporáneas: el uso de Skype y las nuevas formas de *estar sin estar* (cartografías para un espacio analítico virtual). *Calibán. Revista Latinoamericana de Psicoanálisis*, 1(13), 55-63. http://www.fepal.org/revista_caliban_bivipsil/13_caliban_castp.pdf
- RUMI SOIZA, A. M. (2005). Repensando el encuadre: proceso y acto psicoanalítico. *Revista de Psicoterapia Psicoanalítica*, 7(1), 49-60.

